



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**

## **LECTURA SESIÓN 13**

# **CT 118 ACOMPAÑAMIENTO PASTORAL**

León, Jorge. “La depresión y la Biblia”, “La iglesia: lugar de contención afectiva y espiritual para las personas deprimidas”. Caps. 5 y 6. En *Psicología pastoral de la depresión*, 115-174. Buenos Aires: Kairós, 2002.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## 5

### **La depresión y la Biblia**

Por largos años, durante las visitas pastorales a miembros de mi congregación que podrían sufrir trastornos depresivos, utilicé una técnica que me pareció útil para el adecuado asesoramiento pastoral, y efectivamente lo fue. Con gusto comparto esta técnica con el lector.

La técnica consta de varias partes. La primera consiste en pedir a la persona que voy a visitar que me preste su Biblia por una semana. Si no tiene otra, le sugiero que durante ese lapso utilice la mía. La segunda parte es la más importante, pues consiste en revisar esa Biblia para verificar cuáles son los principales textos que el feligrés tiene subrayados, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El tercer momento de enfoque pastoral consiste en una o varias visitas orientadas al diálogo. Suelo preguntar al creyente cómo se sentía cuando subrayó tal o cual pasaje. Hay ciertos textos que las personas depresivas subrayan siempre, y otros que deberían subrayar. No subrayan aquellos textos que se refieren a mantener un pensamiento y una actitud positiva ante las circunstancias de la vida cotidiana. Parecería que el depresivo busca razones bíblicas para deprimirse, y pasa por alto los textos que le estimulan a tener una actitud positiva para consigo mismo, el mundo que le rodea y, sobre todo, el porvenir. Un cuarto momento en esta técnica de asesoramiento pastoral consiste

en señalar una serie de textos que tienden a lograr una reacción contraria a la buscada, inconscientemente, por el depresivo. En el primer capítulo mostré como pude ayudar a mi hermano Rafael a que se diera cuenta de que dentro de él había un creyente al cual debía dejar salir. Él tenía subrayados muchos textos condenatorios, aunque también muchos de perdón y de salvación. La diferencia se debía a los tiempos diferentes en que esos textos habían sido subrayados. Por eso, le hacía una insistente pregunta: “¿Cuándo lo subrayaste?”

El salmo 102 suele ser un buen *test*. Una persona sin trastornos depresivos seguramente subrayará algunos sectores a partir del versículo 12. Sin embargo, los que están enfermos pasarán por alto los textos edificantes, y subrayarán aquellos que muestran amargamente su enfermedad. Los creyentes que sufren trastornos depresivos casi siempre subrayan los versículos 3 al 11, que dicen lo siguiente:

Porque mis días han sido consumidos en humo,  
y como brasero han sido quemados mis huesos.  
Mi corazón ha sido herido como la hierba y se ha secado, y  
hasta me olvido de comer mi pan.  
A causa de la intensidad de mi gemido  
mis huesos se pegan a la piel.  
Me parezco al pelicano del desierto;  
como el búho de las soledades he llegado a ser.  
No puedo dormir;  
soy cual pájaro solitario sobre un tejado.  
Mis enemigos me han afrentado todo el día;  
los que me escarnecen han usado mi nombre como  
maldición.  
Porque cenizas he comido por pan,  
y con lágrimas he mezclado mi bebida,  
a causa de tu indignación y de tu enojo;

pues tú me has levantado y me has rechazado.  
Mis días son como sombra que se alarga;  
y yo me seco como la hierba  
(Salmo 102.3-11, *Biblia de las Américas* [BA]).

Estos versículos expresan muchos de los síntomas de la depresión que vimos en el capítulo 2. La vida del salmista no tiene sentido, es puro humo. Sus sentimientos (corazón) están secos. Le falta el apetito y, por lo tanto, ha adelgazado. Siente soledad, que él asocia con el pelícano del desierto y con el búho. Padece de insomnio. Se siente tan solo como un pájaro sobre el tejado. Se siente totalmente desvalorizado. La comida le parece cenizas, y la bebida, lágrimas. Siente que Dios está lejos y enojado con él, y se siente rechazado. Arrastra su vida como una sombra, o como la hierba que se seca. Siente que se está muriendo.

Deseo reiterar la importancia de preguntar a la persona que podría tener trastornos depresivos la razón por la cual ha subrayado determinados textos. Suelo preguntar: “¿Qué sentía usted cuando subrayó este versículo?” Uno se encuentra con grandes sorpresas. Más de una vez me he asombrado de la capacidad que tienen algunas personas para torcer el significado de ciertos textos bíblicos y convertirlos en mensajes aterradores. Un texto que para un creyente es un motivo de inspiración, para otro puede significar la condenación eterna. Lo que suele parecer algo ingenuo puede enmascarar una actitud de desvalorización terrible.

Veamos un caso. En la revisión de la Biblia de un “fiel creyente”, me detuve en el salmo 51. Cuando le pregunté por qué tenía subrayado el primer versículo, recibí como respuesta una gran cantidad de reproches que el creyente hacía a su propio comportamiento. Le pedía piedad a Dios como si hubiera cometido grandes pecados, y no hacía otra

cosa que sobredimensionar cuestiones pueriles. Esto se vio confirmado cuando le pregunté por qué había subrayado: “Mi pecado está siempre delante de mí” (v. 3). El síntoma depresivo se reiteraba a lo largo de todo el salmo, pero lo máximo apareció en el versículo 5: “En pecado me concibió mi madre”. Al preguntarle por qué había resaltado ese texto, me encontré con la sorpresa de que esta persona sentía un total rechazo por la sexualidad. La consideraba pecaminosa, tanto dentro como fuera del matrimonio. Aparte de sus trastornos depresivos, este creyente había recibido una pésima instrucción bíblica.

Después de haber pasado por un proceso psicoterapéutico dirigido por un profesional de la salud mental, al mismo tiempo que recibía mi ayuda espiritual como pastor, un hermano me dijo: “Ahora puedo leer el salmo 22 de manera diferente. Cuando estaba bajo el dominio de la depresión, cada vez que leía este salmo me hacía mucho mal. Sin embargo, ahora puedo leerlo con una gran confianza en el amor y en el poder de Dios. Me acuerdo mucho del momento en que Jesús lo recitó desde la cruz”.

Veamos ahora algunos de los versículos subrayados por una persona depresiva en el libro de los Salmos, según la versión *Dios Habla Hoy*: “... cual si fuéramos ovejas para el matadero; nos has dispersado entre los paganos; has vendido a tu pueblo muy barato, y nada has ganado con venderlo” (Sal 44.11-12). “Esperando el momento de matarme” (Sal 56.6). Llama la atención el hecho de que estas cinco palabras que acabo de citar son las únicas que aparecen subrayadas en toda la página. La persona que resaltó esas palabras es creyente, y por causa de su fe no ha sido capaz de pensar conscientemente en suicidarse. Sin embargo, su inconsciente, en el momento de subrayar el texto, consideraba el suicidio

como la solución para su sufrimiento. Queda en él una esperanza que procede de su fe. En un recuadro encontramos lo siguiente: “¡No dejes que me arrastre la corriente! ¡No dejes que el profundo remolino me trague y se cierre tras de mí!” (Sal 69.15). También hay versículos subrayados que muestran la confianza en el poder de Dios. Estos versículos, y otros que no he mencionado, yo jamás los habría subrayado. Creo que sólo una persona depresiva podría hacerlo. El lector se identifica con los pasajes que resalta.

### ***La depresión en personajes bíblicos***

La Biblia da testimonio de la existencia de la depresión desde hace más de tres mil años. El primer personaje bíblico que consideraré es el rey Saúl, quien reinó entre los años 1020 y 1000 a.C.<sup>1</sup>

Aunque no es posible diagnosticar en ausencia, si pudiéramos traer al rey Saúl hasta nuestros días, lo más probable es que sería considerado, tratado y medicado como un psicótico maniaco depresivo. Saúl alternaba momentos de profunda depresión —que sólo se calmaba mediante la técnica aplicada por David, el primer músico-terapeuta de la historia— con momentos de manía y de furia. En uno de éstos últimos trató de matar a su psicoterapeuta con su propia lanza. Todo depresivo es un suicida en potencia, y Saúl terminó suicidándose.

Recordemos que el testimonio bíblico, que ocupa varios siglos de la historia humana, narra sólo cuatro casos de

<sup>1</sup> Saúl, *Enciclopedia Microsoft® Encarta* ® © 1993-1996, Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

suicidio: tres en el Antiguo Testamento (Saúl, Ahitofel y Zimri), y uno en el Nuevo Testamento (Judas Iscariote). Si bien la depresión, al parecer, siempre existió y acompañó al ser humano, el significativo “depresión” es muy reciente, como hemos visto en el capítulo 2. Desde Hipócrates hasta principios del siglo 20 esta enfermedad fue llamada *melancolía*. El nombre viene de la creencia que la enfermedad era producida por el predominio de la bilis negra en el sujeto que la padecía.

Aparte de Saúl, cuyo caso aparece en obras científicas,<sup>2</sup> no es posible asegurar con rigor científico que otros personajes bíblicos hayan padecido la enfermedad que hoy se conoce como depresión. Esto es evidente por dos razones: la primera es la imposibilidad de diagnosticar en ausencia, y la segunda es que las Escrituras no ofrecen datos suficientes. No obstante, encontramos en la Biblia momentos de angustia profunda y rasgos depresivos en algunos de sus personajes.

Voy a referirme a algunos de estos personajes, comenzando por el libro de Job. Este libro es semejante a una parábola, o una obra psicodramática, que se ocupa de responder una pregunta difícil: ¿Por qué sufren los seres humanos que no han pecado? No voy a hacer un estudio exhaustivo de este libro. Me conformaré con presentar un pasaje. Los rasgos depresivos de Job se expresan en los siguientes términos:

Oscurézcanse las estrellas de su alba;  
que espere la luz mas no la tenga,  
que tampoco vea el rayar de la aurora:  
porque no cerró las puertas del vientre de mi madre,  
ni escondió la aflicción de mis ojos.

<sup>2</sup> Cf. el capítulo 2 de la presente obra, nota 43.

¿Por qué no morí yo al nacer, o expiré al salir del vientre?  
¿Por qué me recibieron las rodillas,  
y para qué los pechos que me dieron de mamar?  
Porque ahora yo yacería tranquilo:  
dormiría, y entonces tendría descanso”  
(Job 3.9-13, *BA*).

El término depresión no era conocido en tiempos bíblicos. Ciertos estados anímicos se interpretaban como consecuencias de la predominancia de distintos humores en el organismo. Se consideraba que el sujeto que padecía el trastorno que hoy llamamos *depresión* estaba bajo el predominio de la bilis negra, es decir, sufría de melancolía.

El término *depresión* no aparece en el Nuevo Testamento. No es fácil responder a la pregunta: ¿cuál fue el estado anímico de Jesús en Getsemani? La descripción de los Evangelios nos presenta a un ser humano enfrentado con un serio conflicto. No sabemos si fue angustia o depresión. El dramatismo del relato bíblico evidencia que se trató de uno de los dos estados anímicos. Al parecer, Jesús estaba más cerca de la depresión que de la angustia, porque estaba encamando al ser humano sufriente y pecador, para hacer posible su redención. Le vino el deseo de no tener que pasar por el trance tan duro que tenía delante. Deseaba evitar la muerte en la cruz.

El Señor, como modelo del ser humano, nos muestra que no debemos sentirnos pecadores o culpables por estar deprimidos. Pecamos sólo cuando no hacemos la voluntad de Dios. Y Jesús se sometió a esa voluntad. Sin embargo, su sufrimiento fue tan grande, y su tensión interna fue tan terrible, que somatizó su estado anímico por la rotura de vasos sanguíneos. Según el testimonio de Lucas, “lleno de angustia oraba más intensamente, y era su sudor como



grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Le 22.44). La Biblia da testimonio de que Jesús venció a la muerte, y de que su resurrección es nuestra esperanza de vida eterna. De la misma manera, la experiencia de Getsemaní da testimonio de que Jesús venció a la depresión, y de que esa victoria es también nuestra esperanza de poder vencerla, inspirándonos en su vida y ministerio. Por eso, en su mensaje sobre la *kenosis*—un texto antropológico con implicaciones cristológicas— San Pablo nos presenta a Jesús como el modelo de humanidad que debemos alcanzar (Flp 2.5-11). Es una invitación a experimentar el “sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Flp 2.5). La doble humillación de Cristo, su vaciamiento, su *kenosis*, es el modelo de humildad que todo cristiano debe imitar.

La depresión de Jesús afectó también a sus discípulos. La traición al Maestro creó en Judas una culpa terrible. Probablemente fue una depresión reactiva la que lo llevó al suicidio. Como ya hemos señalado, todo depresivo es un suicida en potencia. Pedro también traicionó al Maestro al negar ser discípulo suyo, pero él no fue el causante de su muerte. Si no estaba deprimido, por lo menos debió sufrir un gran abatimiento. Pedro se jugó por Jesús, confesó que Jesús era el Hijo de Dios. Todo parecía estar perdido con la muerte del Maestro. Sin embargo, no hay evidencias de que haya tenido la idea de imitar a Judas. Es posible que no haya pensado en el suicidio, aunque el testimonio bíblico muestra que con la muerte de Jesús lo dio todo por perdido, y entonces dijo: “Voy a pescar” (Jn 21.3). Los otros discípulos, que no tenían mejor ánimo que él, dijeron: “Vamos nosotros también contigo”.

### ***El concepto más cercano a "depresión" en el Nuevo Testamento***

El Nuevo Testamento griego hace referencia varias veces a un estado anímico que Reina-Valera —la versión de la Biblia más difundida entre los cristianos evangélicos— traduce de diversas maneras: afán, afanarse, preocuparse, preocupación y ansiedad. No conozco ninguna versión que traduzca este estado anímico como “depresión”. En mi opinión, en varios casos podría ser traducido por este significante. En los tiempos posmodernos que nos toca vivir, en el que la depresión se acerca y se agranda cada día, nuestra exégesis y hermenéutica deberían tener en cuenta que estos estados anímicos que aparecen en la Biblia podrían ser expresiones enmascaradas de la depresión.

El estado anímico a que hemos hecho referencia se expresa en el Nuevo Testamento griego por el sustantivo *merimna* y por el verbo *merimnao*, que Reina-Valera traduce como “afán” o “afanarse” (catorce veces), “preocupar” o “preocuparse” (cuatro veces; Mt 10.19, Le 12.11, ICo 12.25 y 2Co 11.28), o “ansiedad” (en 1P 5.7). En total, *merimna* aparece seis veces en el Nuevo Testamento,<sup>3</sup> mientras que *merimnao* aparece dieciocho.<sup>4</sup> Luego, tenemos veinticuatro textos para estudiar este enigmático significante. Nuestro propósito no es hacer un estudio exhaustivo de estos términos, sino sólo probar que tenemos algunas pautas neotestamentarias para encarar este estado anímico que

<sup>3</sup> Mt 12.22; Mr 4.19; Le 8.14, 21.34; 2Co 11.28; IPe 5.7.

<sup>4</sup> Mt 6.25, 27, 28, 31, 34; 10.19; Le 10.41, 12.11, 22, 25, 26; ICo 7.32, 33, 34 (bis); 10.25; Flp 2.20; 4.6.

tortura a una buena parte de la población de nuestro mundo: la depresión.

No debemos contentarnos con los que otros han traducido en su contexto histórico, con los condicionamientos psicosociales y económicos que encontraron al traducir. Para la correcta traducción de los dos términos que nos ocupan, acudimos a dos diccionarios. Según el diccionario de Thayers, *merimna* procede del verbo *meridso*, que significa “dividir”. Es por eso que traduce el sustantivo como “ser tironeado en diferentes direcciones, cuidado y ansiedad”.<sup>5</sup> El verbo *merimnao* significa “estar ansiosos, estar perturbados por preocupaciones, y, en Filipenses 4.6, estar ansiosos por nada”.<sup>6</sup> Hay otra traducción interesante: “Tener el pensamiento ocupado con”.<sup>7</sup>

Son tan diversas las traducciones que encontramos en diferentes versiones de la Biblia que podemos confundirnos sobre el sentido de la palabra en la lengua original. Si tenemos en cuenta que *merimna* viene del verbo *meridso* (“dividir”) aplicado a seres humanos, bien podemos suponer que se trata de una división que se experimenta en el ser de uno. Y en los depresivos frecuentemente aparece una división en la calidad de vida a lo largo del día. A veces por la mañana se sienten muy mal, muy deprimidos, pero a medida que avanza el día se van sintiendo mejor, y a la noche parecen estar bien. Este ritmo diurno puede darse al revés. No se trata de una escisión existencial del ser, a la manera de la

<sup>5</sup> J. H. Thayer, *Greek-English Lexicón of the New Testament*, Zonderman Publishing House, Grand Rapids, 1963, p. 400.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *The Analytical Greek Lexicón*, Samuel Bagster and Sons Limited, Londres, p. 263.

esquizofrenia, sino de una división en los estados anímicos que se experimentan en un mismo día. No pretendo que *merimna* sea siempre traducido por depresión. Sólo sugiero que debemos estar alertas al hacer la exégesis y la hermenéutica de ciertos textos, si pretendemos utilizarlos para la predicación en los tiempos en que nos ha tocado vivir.

En Mateo 6.25-34, aparece cinco veces *merimnao*. La *Biblia de las Américas* traduce por “angustiar” las cinco veces. Por su parte, Reina-Valera traduce cuatro veces “preocuparse”, y en una oportunidad utiliza el sustantivo “ansioso”. La versión popular *Dios Habla Hoy* traduce las cinco veces “preocuparse”. Debemos tener en cuenta que el texto que nos ocupa es una parte del Sermón de la Montaña. Y la primera cuestión que plantea este recorte del sermón del Señor es: “No os afanéis (preocupéis) por vuestra vida...”. Diríamos que aquí se señala que el cristiano tiene que ocuparse más y preocuparse menos. Ciertamente, la vida es más que el alimento y el cuerpo es más que el vestido. Estas preocupaciones también suelen ser causa de depresión.

Jesús no sugiere que seamos tan imprudentes que no pensemos en la necesidad de tener reservas para encarar nuestras necesidades futuras. Sin embargo, nos advierte que no debemos preocuparnos o deprimarnos por el día de mañana antes de saber lo que éste nos traerá. Jesús nos advierte sobre los peligros del temor ansioso y enfermizo, capaz de eliminar toda posibilidad de gozo. Jesús no quiso sugerir con estas enseñanzas que no hay necesidad de trabajar. Probablemente el gorrión es el ser viviente que más trabaja para poder comer. Más bien, Jesús insiste en que los gorriones están desprovistos de ansiedad, o de depresión. Quizás hoy Jesús quiere decirnos que él nunca vio un gorrión deprimido. La ansiedad, y también la depresión, es,

básicamente, desconfianza respecto a Dios. Debemos vencer la ansiedad y la depresión aprendiendo a vivir un día a la vez. Algunos pretenden vivir hoy el día de mañana.

Ciertamente, con la angustia, la preocupación, la ansiedad o la depresión no solucionamos absolutamente nada. Por el contrario, nos creamos nuevos problemas. Es válida la pregunta de nuestro Señor: “¿Quién de vosotros, por ansioso que esté, puede añadir una hora, al curso de su vida?” (Mt 6.27; *BA*). Aquí se pone de manifiesto la inutilidad de la preocupación. La preocupación ansiosa es esencialmente anticristiana. No es la consecuencia de circunstancias exteriores. En una misma situación uno puede sentirse totalmente sereno, y otro, en cambio, morir de preocupación, o de depresión. Tanto la preocupación como la paz provienen, no de las circunstancias externas, sino de las internas, del corazón. “Y por la ropa, ¿por qué os preocupáis? Observad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan...” (Mt 6.28; *BA*). La preocupación ansiosa por la comida, la bebida y la vestimenta surge del estar desubicado respecto a la realidad del Reino de Dios, iniciado en la vida y ministerio de Jesús, y en continua marcha hacia su consumación final. De ahí las palabras del Señor: “Pero buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Por tanto, no os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará a sí mismo. Bástele a cada día sus propios problemas” (Mt 6.33-34; *BA*).

En la parábola del sembrador nuestro Señor nos presenta la preocupación como una de las tres causas de la muerte espiritual de cualquiera que haya recibido el evangelio. Las dos primeras vienen de afuera. La preocupación ansiosa viene desde el interior del ser humano. Esta parábola aparece en los tres Evangelios sinópticos, y en los tres la *Biblia de las*

*Américas* traduce *merimna* por “preocupación” (Mt 13.22; Mr 4.19; Le 8.14). Dice así el relato de Mateo: “Y aquel en quien se sembró la semilla entre espinos, éste es el que oye la palabra, mas las preocupaciones del mundo y el engaño de las riquezas, ahogan la palabra y se queda sin fruto”.

La Palabra de nuestro Señor nos señala que la preocupación patológica, enfermiza, puede apartar a un creyente de la fe en Jesucristo. No obstante, Pablo nos aclara que puede existir una preocupación sana, producto de nuestro amor e interés por la obra de Dios. Afirma: “Y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación (*merimna*) por todas las iglesias” (2Co 11.28 RVR).

Aparte de los Evangelios sinópticos, sólo en los escritos de Pablo y de Pedro encontramos referencias a las enseñanzas del Señor sobre las preocupaciones. En el contexto de la imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo, Pablo afirma que los miembros de la iglesia deben preocuparse los unos por los otros (ICo 12.25), a fin de que no haya desavenencia en el cuerpo. A pesar de que en griego se utiliza *merimna*, todo parece indicar que este texto tiende más a la ocupación de unos por otros que a la preocupación. Pablo también se refiere a la preocupación en el sentido patológico, enfermizo, tal como la presentó el Señor en el Sermón de la Montaña y en la parábola del sembrador. Lo hace en un solo texto, que afirma: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Flp 4.6; RVR).

Hay un solo texto donde Pedro ofrece pautas sobre cómo debemos encarar las preocupaciones patológicas que puedan apartarnos de la fe. Dice: “Echando toda vuestra ansiedad (*merimna*) sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”

(Ipe 5.7 RVR). Este texto es similar a Filipenses 4.6, y ambos textos recuerdan las palabras del Señor en el Sermón de la Montaña.

En nuestro tiempo, las preocupaciones y la depresión son moneda corriente. Los cristianos vivimos en el mundo y no podemos sustraernos fácilmente a la atmósfera cultural que respiramos. Las preocupaciones suelen ocupar las noches de insomnio de muchos seres humanos, creyentes o no. Ya hemos señalado que el insomnio es un síntoma de depresión. ¿Por qué preocuparnos, angustiarnos o deprimimos durante el insomnio en lugar de ocuparnos en la meditación, la relajación y la oración? Después de habernos relajado bien en la cama, y de haber orado serenamente, podemos estar seguros de un buen dormir. Así lo creía el salmista: “En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque sólo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (Sal 4.8).

### ***Principios bíblicos que pueden ayudar a las personas deprimidas***

Inspirado en los pensamientos positivos de la Biblia, el Dr. Norman Vincent Peale escribió un libro titulado *El poder del pensamiento positivo*.<sup>8</sup> En mi época de estudiante en el Seminario Evangélico de Teología, en Matanzas, Cuba, este autor era conocido como uno de los “príncipes del púlpito”. Era uno de los hombres que podía reunir cada domingo a

<sup>8</sup> N. V. Peale, *The Power of Positive Thinking*, Prentice Hall, Inc., 1954. La primera edición en español apareció en el año 1965. La que estamos presentando fue traducida de la 14ª edición inglesa y publicada bajo el título *El poder del pensamiento tenaz*, Grijalbo, México D. F., 1983.

miles de personas, tanto en su congregación de la Iglesia Marble, de la Quinta Avenida y la calle 28, en Nueva York, como a través de sus programas radiales. El pastor Peale fue un hombre convencido de que el ser humano, al mismo tiempo que sana su alma, debe también sanar su mente. Fue un revolucionario para su época. En el libro recién citado nos informa que para atender las necesidades psicológicas de su congregación había contratado doce médicos psiquiatras.<sup>9</sup>

En mi opinión, Pede fue un precursor de la terapia cognitiva —a la cual nos referiremos brevemente más adelante—, sobre todo por su énfasis en ayudar a las personas a lograr que prevalezcan en ellas los pensamientos positivos. El depresivo tiende a tener una valoración negativa de sí mismo, de su entorno y de su porvenir. Desde la misma introducción a su obra, Peale nos dice:

Usted puede permitir que las contrariedades se apoderen de su mente, hasta el punto de convertirse en los factores dominantes de su pensamiento; pero aprendiendo a desecharlas de la mente, rehusando a transformarse en esclavo mental de ellas y canalizando el poder espiritual a través de los pensamientos, se puede ascender sobre los obstáculos que corrientemente suelen vencemos.<sup>10</sup>

El autor afirma que su único mérito es haber descubierto en la Biblia ciertos principios que pueden ayudar a las personas a tener una vida plena. Concluye su introducción con las siguientes palabras:

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 10.



No necesito señalar que los poderosos principios aquí contenidos no son de mi invención: han sido dados a nosotros por el más grande Maestro que ha existido y que aún existe. Este libro enseña el cristianismo aplicado; un sencillo aunque científico sistema de técnicas útiles que permiten lograr una vida de éxito.”

Al final del primer capítulo, Peale presenta diez reglas de comportamiento que pueden ayudar a cualquier ser humano a asumir una actitud positiva ante la vida y que, consecuentemente, le ayudarán a eliminar los peligros de caer en depresión. La segunda regla dice:

Siempre que algún pensamiento negativo concerniente a sus poderes personales le venga a la mente exprese deliberadamente un pensamiento positivo que desvanezca el anterior.<sup>11 12</sup>

Esta regla es fácil de enunciar, pero difícil de cumplir. Cuando el depresivo cae en el insomnio del despertar temprano, suele ser invadido por pensamientos negativos acerca de los problemas que supone tendrá que encarar en el nuevo día. Esta experiencia se repite casi todos los días y suele transformarse en una norma de conducta estereotipada que resulta muy difícil de vencer. No obstante, Peale afirma que hay que luchar contra los pensamientos negativos sustituyéndolos por positivos. Muchas personas lo logran utilizando todos los recursos de la fe, tales como la relajación, la meditación y la oración. Otros no logran escapar del

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 28.

callejón sin salida, que ellos mismos se han creado, sin ayuda profesional.

La quinta regla es la siguiente:

Diez veces al día repita estas palabras dinámicas: “Si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros?” (Ro 8.31); deje de leer y repítalas ahora mismo con lentitud y seguridad.<sup>13</sup>

Creo que esta técnica de repetir muchas veces un texto bíblico Peale la tomó de otro “príncipe del púlpito” (o la compartió con él), que alcanzó su mayor prestigio hacia la mitad del siglo 20. Me refiero a John S. Bonnell, autor que cito en uno de mis libros.<sup>14</sup> La diferencia está en que Bonnell sugería tener determinados textos bíblicos escritos en tarjetas para repetirlos varias veces todas las noches y todas las mañanas, hasta memorizarlos. Estos textos bíblicos, generalmente cortos, que el creyente debía repetir con firmeza y reiteradamente él los denominaba “recetas espirituales”. La idea es que estos textos penetran más fácilmente en lo inconsciente cuando uno está a punto de dormirse, y producen nuevas energías espirituales al comenzar el día.

Peale expresa su séptima regla de la siguiente manera:

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>14</sup> Me refiero a *Psicología pastoral para todos los cristianos*, 12ª ed., corregida y aumentada, Kairós, Buenos Aires, 2000, pp. 175, 200-201. Cito a Bonnell en el capítulo 9, “La lectura de la Biblia en el asesoramiento pastoral”, y en el 11, “La técnica directiva”. Las principales obras de Bonnell son anteriores a las de Peale, por ejemplo: *Pastoral Psychiatry*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York, 1938; y *Pastoral Psychology*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York, 1940.

Practique diez veces al día la siguiente afirmación, si es posible repitiéndola en voz alta: “Puedo hacer todas las cosas gracias a Cristo, que me fortalece” (Flp 4.13). Repita estas palabras ahora mismo; esta mágica frase es el más poderoso antídoto contra los pensamientos de inferioridad.<sup>15</sup>

Esta regla es similar a la anterior y se basa en otro texto bíblico que suele dar fortaleza al creyente. Como vimos al comienzo de este capítulo, los depresivos suelen poner mayor atención en aquellos versículos bíblicos que los humillan y los hacen sentir culpables e infelices. En el capítulo 9 de *Psicología pastoral para todos los cristianos* presento una serie de pasajes para ser leídos en el asesoramiento pastoral, según la necesidad de cada creyente en particular. La lectura de los textos bíblicos debe ser personalizada, es decir, es necesario escoger aquellos pasajes que puedan ayudar a la persona en conflicto según su necesidad particular. Allí también presento una serie de textos bíblicos para ser utilizados como recetéis espirituales.

A continuación voy a sugerir algunos pasajes bíblicos<sup>16</sup> que pueden ayudar al lector a sentir la compañía y el poder de Dios y, consecuentemente, a mejorar su autoestima. Esto le permitirá asumir una actitud más positiva ante las dificultades que tiene que encarar:

... estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé.  
Esfuézate y sé valiente... Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque

<sup>15</sup> Peale, *op. cit.*, p. 28.

<sup>16</sup> Todas las citas bíblicas transcritas en este sector pertenecen a la versión Reina-Valera 1995, Edición de Estudio.

Jehová, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas (Jos 1.5-6, 9).

Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y se caen; mas los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán (Is 40.30-31).

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? [...] Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder (Mt 5.13, 14).

Venid a mí a todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mt 11.28).

La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo (Jn 14.27).

No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Ro 12.2).

Por nada estéis angustiados [depresivos], sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre... en esto pensad (Flp 4.6-8; la palabra entre corchetes es una sugerencia del autor).

### ***Aportes de la terapia cognitiva a la psicología pastoral***

Como ya he señalado, Norman Vincent Peale, un pastor metodista del siglo 20 que predicó a miles de personas todas las semanas, fue, en mi opinión, un precursor de la terapia cognitiva desarrollada durante las tres últimas décadas del siglo pasado. A fines de la década de 1960, el Dr. Aarón Beck, a través de una profunda investigación, desarrolló un método terapéutico innovador, que llamó *terapia cognitiva*. En el mundo secular, Beck fue el pionero de una terapia que pone énfasis en las cogniciones positivas y que ha probado ser efectiva en el tratamiento de trastornos emocionales, especialmente la depresión, la ansiedad, el pánico y los desórdenes de la personalidad ocasionados por el uso indebido de drogas.

El Dr. Beck ha recibido el reconocimiento de la comunidad terapéutica internacional por su técnica o herramienta terapéutica, que ha logrado éxitos en el tratamiento de la depresión en tiempos relativamente cortos. Con la colaboración de su hija, la Dra. Judith Beck, se creó un centro de entrenamiento para aspirantes a utilizar esta técnica psicoterapéutica. Posteriormente, en 1994, el Instituto Beck para la Investigación y la Terapia Cognitiva, se estableció en Bala Cynwyd, una localidad suburbana de Filadelfia, en los Estados Unidos.

A partir de la década de 1970 muchos autores comenzaron a escribir sobre esta nueva manera de encarar la depresión. He podido obtener por Internet<sup>17</sup> la información de cómo

<sup>17</sup> [http://depression.com/anti\\_anti\\_22\\_cognitive.htm](http://depression.com/anti_anti_22_cognitive.htm).

comenzó a escribir uno de esos autores. Me refiero al Dr. David Burn, profesor de psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Filadelfia, en los Estados Unidos.

En el año 1976, el mencionado psiquiatra y su esposa tuvieron un hijo, David Eric. El nacimiento fue normal, pero inmediatamente surgieron dificultades. El bebé no respiraba bien y su piel comenzó a tomar un color azul. El obstetra les explicó que su hijo no estaba recibiendo suficiente oxígeno en su torrente sanguíneo y que el caso no era grave, pero por precaución había sido enviado a terapia intensiva. Fue en esa situación que el médico psiquiatra se vio invadido por pensamientos negativos. Comenzó a pensar en su futuro como padre de un niño discapacitado. Se preguntó si podría amar un hijo que tuviera esas características. También le vino a la mente la idea de que perdería prestigio por tener un hijo deficiente mental. No le llevó mucho tiempo comenzar a sentirse deprimido. Pensaba en la sala de terapia intensiva, donde estaba su bebé, y no podía detener su angustia. Llegó a convencerse de que su hijo tenía el cerebro dañado. Pensó que su esposa se arruinaría criando a un hijo oligofrénico. Variéis horas más tarde, el Dr. Burn fue informado de que su hijo estaba respirando normalmente, que su piel había recuperado el color natural, y que su cerebro no había sufrido daño alguno. A partir de esta experiencia, este profesional de la salud mental se dio cuenta, por experiencia propia, de cuán dañinos pueden ser los pensamientos negativos y de cómo pueden conducir a la depresión. Su vivencia le condujo a adoptar la terapia cognitiva en su clínica médica. Además, escribió varios libros sobre la teoría y la técnica de esta nueva escuela psicoterapéutica.

Si el lector desea profundizar sus conocimientos sobre esta técnica psicoterapéutica, cuyo éxito en el tratamiento de la

depresión ha sido notable en las últimas dos décadas, le recomiendo el estudio del libro de Aarón Beck, *Terapia cognitiua de la depresión*.<sup>18</sup> No voy a intentar resumir esta obra. Más bien, me limitaré a señalar algunos aportes que considero útiles para el trabajo de los agentes de la pastoral con personas deprimidas.

Deseo reiterar lo que he dicho muchas veces, que toda persona que desee asesorar pastoralmente necesita tanto una adecuada comprensión del ser humano como el dominio de algunas técnicas.<sup>19</sup> De ninguna manera estoy intentando cambiar de posición en cuanto a la manera de encarar el trabajo pastoral; solamente señalo que en la terapia cognitiva encontramos valiosos aportes para el trabajo con personas depresivas.

El Dr. Beck afirma que todo aquel que pretenda atender a personas deprimidas debe poseer un “sólido conocimiento del síndrome clínico de la depresión”.<sup>20</sup> Por eso en esta obra el capítulo más extenso es el segundo, donde ofrecemos una visión panorámica de la depresión. Beck también aclara que esta técnica tiene sus límites: “la efectividad de esta terapia se ha demostrado solamente con pacientes depresivos externos, que constituían casos de depresión unipolar no psicótica”.<sup>21</sup>

Beck cree que los orígenes filosóficos de la terapia cognitiva se remontan a los filósofos estoicos, especialmente a Zenón de

<sup>18</sup> A. T. Beck, y otros, *Terapia cognitiua de la depresión*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 11ª ed., 1999 (original en inglés: *Cognitiue Therapy of Depression*, Guilford Press, Nueva York, 1979).

<sup>19</sup> Para cubrir estos dos aspectos recomiendo el estudio de mi libro *Psicología pastoral para todos los cristianos*.

<sup>20</sup> Beck. op. cit., p. 29.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 32.

Citio, quien vivió en el siglo 4 a.C. También encuentra raíces de ésta técnica en Crisipo, Cicerón, Séneca, Epícteto y Marco Aurelio. Hace la siguiente cita de *El Enchiridión*, de Epícteto: “Los hombres no se perturban por causa de las cosas, sino por las interpretaciones que de ellas hacen”.<sup>22</sup> Partiendo de esa definición, podemos afirmar que algunos estados depresivos se expresan mediante un error hermenéutico.

En efecto, en mi experiencia pastoral he descubierto tres momentos en el desarrollo de la reacción agresiva de algunos miembros de la comunidad. En primer lugar, se encuentra la aparición de un hecho, algo que ocure y que afecta a algunas personas. El segundo sería el momento hermenéutico, cuando diferentes personas interpretan de diferentes maneras el hecho, creando tensiones en la vida interna de la iglesia. Las interpretaciones crean emociones y sentimientos, a veces divergentes. En el tercer momento surgen las tensiones y/o las agresiones, no por el hecho en sí, que no es analizado objetivamente, sino por los estados subjetivos producidos por las interpretaciones que cada uno hizo de ese hecho. En fin, creo que Beck hace un buen aporte al señalar, con Epícteto, que lo que perturba a muchas personas no es, principalmente, los acontecimientos, sino las interpretaciones que se hacen de ellos. Muchas veces, tales interpretaciones actúan como detonante de otros estados emocionales del pasado, aparentemente olvidados. Aquí estamos en el mundo de lo cognitivo, de los pensamientos, de las diferencias que estos pueden crear en una comunidad de fe, por las emociones que generan, entre ellas la ira, la agresividad.

Beck desarrolla el concepto de tríada cognitiva como el conjunto de patrones principales que conducen al paciente;

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 17.



“El primer componente de la tríada se basa en la visión negativa del paciente acerca de sí mismo”.<sup>23</sup> Las personas depresivas suelen subestimarse y desvalorizarse ante los demás. Sin embargo, en algunos casos la depresión puede expresarse tanto en agresión hacia adentro, en forma de trastornos psicosomáticos, como en depresión enmascarada, proyectada hacia fuera en forma de agresión. “El segundo componente de la tríada cognitiva se centra en la tendencia del depresivo a interpretar sus experiencias de una manera negativa. Le parece que el mundo le hace demandas exageradas y/o le presenta obstáculos insuperables para alcanzar sus objetivos”.<sup>24</sup> Esta es una hermenéutica deficiente, porque el depresivo no se da cuenta de que está torciendo o desviando hacia lo negativo algo que no lo es. No es fácil ayudar a estas personas a darse cuenta de que están tergiversando los hechos para ajustarlos a las conclusiones negativas a las que ellos ya habían arribado previamente por otros caminos. “El tercer momento de la tríada cognitiva se centra en la visión negativa acerca del futuro. Cuando la persona depresiva hace proyectos de gran alcance, está anticipando que sus dificultades o sufrimientos actuales continuarán indefinidamente”.<sup>25</sup>

Algunos pastores, y también algunos terapeutas, suelen perder la paciencia con algunos depresivos. Esos pastores suelen asegurar que tales personas tienen deficiencias en su fe, o les falta consagración, sin darse cuenta de que se trata de personas enfermas. Beck insiste en la relación dinámica que existe entre los pensamientos y los afectos, y en cómo los

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 19.

últimos pueden deformar la comprensión de los primeros. Sería muy valioso para la pastoral el uso de la técnica de las imágenes inducidas, que él expresa así:

En primer lugar, el terapeuta le pide al paciente que imagine una escena desagradable. Si el paciente manifiesta una respuesta emocional negativa, el terapeuta puede preguntar acerca del contenido de sus pensamientos. A continuación, le pide que imagine una escena agradable y que describa sus sentimientos. Normalmente, el paciente será capaz de reconocer que, cambiando el contexto de sus pensamientos, puede modificar sus sentimientos. Para algunos pacientes, esta sencilla técnica sirve para poner de manifiesto el impacto de las imágenes que ellos mismos se forman y les hace comprender cómo los pensamientos influyen en el estado de ánimo. Esta técnica está indicada para los pacientes con una depresión moderada, quienes suelen experimentar periodos de tristeza transitorios<sup>26</sup>.

Para concluir, deseo señalar que la Biblia tiene mucho que aportar para ayudar a las personas deprimidas, pero no cualquier parte de la Biblia sirve para ese fin. Ya antes constatamos que muchos creyentes depresivos suelen fijar su atención sobre pasajes bíblicos que alimentan su depresión. Luego consideramos dos aportes que muestran la importancia de utilizar los aspectos positivos y restauradores que aparecen en muchísimos textos bíblicos. Desde dentro de la iglesia, el pastor Peale ha señalado la necesidad de resaltar el pensamiento positivo, presente en las Sagradas Escrituras. Y desde fuera, tenemos el valioso aporte secular de Beck, y de otros exponentes de la terapia cognitiva.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 139.



## 6

### **La iglesia: lugar de contención afectiva y espiritual para las personas deprimidas**

Muchas personas confunden los estados emocionales con la vida espiritual. En consecuencia, un trastorno depresivo suele ser confundido con un problema espiritual. De esta confusión surge la idea de que un cristiano no se puede deprimir. Este es un grave error. El creyente puede padecer cualquier enfermedad, tanto física como emocional, aunque no tenga tensiones en cuanto a su fe y su concepción cristiana de la vida. No obstante, como el ser humano es una unidad, es necesario comprender que una tensión en una de las áreas de su ser puede reflejarse en otras. Por ejemplo, un agujero en un molar no tiene nada que ver con la vida espiritual, pero un fuerte dolor de muelas, necesariamente, alterará nuestra vida emocional, y también puede afectar la vida espiritual.

Una comunidad de fe debe tener en cuenta que, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), una de cada cinco personas sufre de trastornos depresivos. Esto quiere decir que en una congregación de quinientas personas, cien sufren trastornos depresivos, sin que se den cuenta ni quienes los sufren, ni la iglesia. Estos trastornos aparecen muchas veces enmascarados en manifestaciones somáticas tales como

cefaleas, nerviosismo, dolores abdominales, y otras. En ocasiones, la depresión se presenta sin tristeza, que suele ser el síntoma más común de esta enfermedad. En tales casos, la tristeza se expresa a través de malestares corporales.

En un despacho de Internet, con fecha del 24 de agosto de 1998, se afirma: "La Organización Mundial de la Salud de las Naciones Unidas estima que en el mundo industrializado la depresión golpea al 12% de las mujeres, pero sólo al 6% de los hombres".<sup>1</sup> Luego, la incidencia de la depresión tendría, comparando hombres y mujeres, una relación de dos a uno. Sin embargo, en mi experiencia clínica, de cada cuatro depresivos, tres son mujeres. El Dr. Stanley Lesse presenta datos estadísticos que coinciden con mi experiencia: "...en un estudio de 336 pacientes que tenían depresiones enmascaradas por desórdenes hipocondríacos o psicósomáticos, 246, o sea el 73.2%, eran mujeres".<sup>2</sup> Siguiendo la proporción de mi experiencia clínica, voy a presentar cuatro recortes de casos. Todas las personas que cito son miembros de iglesias evangélicas, tres mujeres y un hombre:

Lloro todo el día, por cualquier cosa. Me siento como si yo fuera un muñeco de goma que se desinfla, "veces me siento tan mal que me voy a la cama porque no puedo hacer nada, estoy desinflada. Me coloco al margen de todos en casa, no hablo, sólo escucho a los demás... Me entristezco mucho porque mi marido no quiere trabajar en

<sup>1</sup> "Why Are So Many Women Depressed?" (¿Por qué hay tantas mujeres deprimidas?), <http://www.depression.com/news/news-980824.htm>

<sup>2</sup> Lesse, S., "Masked depression and depressive equivalents", en *American Handbook of Psychiatry*, Vol. 7, S. Arieti (ed.), Basic Book Inc. Publisher, Nueva York, 1981, p. 325.

la iglesia, va de vez en cuando, sólo a calentar un banco...”  
(36 años, sin hijos).

Me siento culpable ante el Señor, porque siento una gran tristeza, y la tristeza es pecado, falta de fe, porque un cristiano debe estar siempre gozoso... ¡Me siento tan falsa cuando testifico a otras personas acerca del poder de Dios para resolver los problemas humanos, porque yo soy un desastre! Me llama la atención el hecho de que a los que les testifico les hace bien mi testimonio, pero yo sigo sintiéndome triste, siempre ocultando mi tristeza por causa del testimonio. Ante el Señor siento que soy una hipócrita... Me siento enferma de tristeza, no sé si lo que tengo es una depresión o qué. Lo cierto es que me rodea una muralla de culpa. Tengo una gran tentación, el suicidio. Sé que como cristiana no debo hacerlo, pero esta tentación es una idea persistente que no se me va de la cabeza. ¡Si los hermanos de la iglesia supieran! Ellos me ven siempre sonriente, pero estoy llorando por dentro. (Divorciada, 45 años, sin hijos).

Lloro mucho, bajé diez kilos en un mes, no puedo dormir sin pastillas, no tengo interés en el sexo, ni siquiera ganas de comer. Parecería que llorar se ha vuelto un vicio, no tengo ganas de hacerle la comida a mis hijos. Mis chicos juegan solitos. Soy evangélica, pero debo confesarle un secreto: como quiero saber si esta tristeza va a desaparecer o no, he ido a ver a una parapsicóloga para que me tire las cartas... Un día subí las escaleras de la estación con mucha fuerza, el tren llegaba, mi hija me grita: “¿Qué vas a hacer mamá?”, entonces me dí cuenta y me frené. Estaba como “poseída”, el grito de mi hija me hizo darme cuenta de que me iba a suicidar (Casada, 48 años, tres hijos).

Me ronda en la cabeza la idea de la muerte. No aguanto más esta tristeza. Llevo cuatro años con el mismo médico,

las pastillas me alivian, pero la tristeza y las ganas de llorar regresan todos los días. Tengo una pobre imagen de mi mismo. Pienso que no sirvo para nada. Desde chico me he sentido menos que los demás. Tengo miedo a fracasar en todo lo que emprendo (Soltero, 31 años).

Si cada una de las comunidades de fe supiera que uno de cada cinco de sus integrantes padece trastornos depresivos —a veces ocultados para no parecer “poco espirituales”—, tomaría conciencia de la necesidad de ser una comunidad terapéutica y redentora, capaz de ofrecer contención afectiva y espiritual a todos sus integrantes.

A la iglesia no siempre se la piensa y reconoce como una comunidad de fe. Muchas personas confunden la fe cristiana como movimiento espiritual con las instituciones eclesiásticas. Ciertamente, la iglesia necesita estructuras organizativas a nivel local, nacional e internacional. No obstante, cada cristiano debe recordar que la vida espiritual se vive en la comunidad local, donde debe expresarse el amor y la contención afectiva en el espíritu de Cristo. Tanto en la iglesia como en la sociedad secular existen otros trastornos psicológicos que afectan a la gente. La depresión no es la única enfermedad que debe encararse en los tiempos que vivimos. Aquí nos estamos ocupando sólo de los trastornos depresivos, pero hay otros.

Debemos aceptar que tanto la iglesia como nuestra sociedad están enfermas. La diferencia está en que la iglesia, por cuanto es vivificada por el Espíritu Santo, se puede dar cuenta de que está en pecado (Jn 16.8), enferma, y que, no obstante, es la única esperanza que le queda a la humanidad. Ojalá la expresión de deseo, o la fantasía de algunos, de una iglesia sana y santa fuera una realidad en la vida cotidiana de las congregaciones. Ciertamente, una congregación sana y

santa sería un testimonio al mundo. Al mismo tiempo, esta expresión de deseo es un desafío a las congregaciones cristianas a sacudirse la “modorra” y ser lo que deben ser en este mundo globalizado, que sufre los efectos del posmodernismo.

Algunos cristianos parecen pretender mantener una absoluta separación iglesia-mundo, como si éstos fueran antípodas de la realidad humana. No todos los que están en la iglesia son los “buenos”, ni todos los que están fuera de ella son los “malos”. La idealización de la iglesia, que impide verla en toda su humanidad, y el menosprecio arrogante de los que están afuera, no contribuyen a que el cristiano se ubique adecuadamente en la realidad para cumplir con la misión para la cual Dios lo ha colocado en el mundo.

El concepto de iglesia enferma puede resultar chocante para algunos. Sin embargo, la esperanza cristiana se dinamiza por la certeza de que la iglesia, aunque enferma, es la enfermera del mundo, su última esperanza. Esta convicción nos conducirá, por la gracia de Dios, a nuestra propia salud y a la salvación del mundo. Es evidente que la tarea restauradora de la iglesia debe estar movida por el amor, como la madre enferma vela por sus hijos en estado de gravedad. Si bien reconocemos que la enfermedad de la iglesia es una realidad histórica, se ha presentado con mayor intensidad en distintas etapas de su existencia. No debemos perder la perspectiva de que las personas que sufren trastornos psicológicos, y aún morales, dentro de la iglesia, se sentirían peor si estuvieran fuera de ella. Aunque encontramos casos excepcionales, como el que Pablo menciona en 1 Corintios 5, en muchas otras instituciones humanas —que no vamos a mencionar, pero que el lector puede suponer— encontramos fallas terribles. El cristiano que



ha nacido de nuevo trata de agradar a Dios y cuenta con fuerzas provenientes del Espíritu Santo que le permiten resistir las acechanzas del mal. Los incrédulos no cuentan con esas energías espirituales. De ahí la gravedad de las enfermedades que se contraen en el mundo.

Hasta ahora me he referido a la iglesia, sin definirla, como comunidad de fe y adoración, como célula de la iglesia universal. Una pregunta de rigor sigue a continuación.

### ***¿Qué es la iglesia?***

Voy a presentar dos definiciones. Según la primera, la iglesia es un conjunto de personas que 1) confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador personal, 2) conservan sus características individuales distintivas, 3) adoran juntas a Dios, 4) interactúan a la luz del evangelio para su mutuo enriquecimiento, y 5) colaboran con Dios para el logro de la redención de todo el ser humano y de todos los seres humanos.

La segunda definición es muy sencilla: la iglesia es una comunidad terapéutica. Al afirmar la naturaleza terapéutica de la iglesia estamos aceptando que en su seno existe la salud y la enfermedad. Desde el tiempo de Jesús hasta nuestros días la iglesia ha vivido en la permanente tensión entre lo que es y lo que debería llegar a ser. Si bien el propósito de nuestro Señor es “presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef 5.27), a través de la historia encontramos multitud de manchas y arrugas en la vida de la iglesia.

### ***Jesucristo es el fundador de la iglesia-comunidad terapéutica***

Jesús se dirige a la asamblea multitudinaria (iglesia), reunida a su alrededor en lo más alto de la montaña, y le dice: “Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5.13-14). Es evidente que su mensaje se dirige a toda la iglesia y no sólo a un grupo clerical, los apóstoles. Mateo 5:1 muestra claramente que Jesús subió a la colina porque vio a la multitud y quiso que ésta le viera y le escuchara.

Nuestro Señor sabía que la multitud que lo rodeaba estaba integrada por personas imperfectas, enfermos morales, espirituales, mentales y físicos. A pesar de esa realidad, para Jesús la multitud se había convertido en una comunidad terapéutica por el sólo hecho de congregarse alrededor suyo. Le dijo: “Vosotros sois...”. El verbo está en presente del indicativo, no en futuro. No dice “seréis”, sino “sois”. El modo indicativo muestra lo que una persona es, mientras que el imperativo, lo que debe ser.

A lo largo de todo el capítulo 5 del Evangelio según San Mateo aparece la tensión existencial entre lo que ya son y lo que *todavía les falta*. Esta tensión se expresa a través del binomio: “Oísteis que fue dicho a los antiguos —mas yo os digo”. Después de mostrarles una moral superior a la que conocían, presenta a sus oyentes la meta que deben alcanzar: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt 5.48). Aquí sí se utiliza el modo imperativo. Este versículo podría traducirse así: “Sed plenamente humanos, así como vuestro Padre celestial es

plenamente Dios”. Así traducido, el modo indicativo es para Dios y el imperativo para el hombre.

En este texto hay dos polos, uno representado por los versículos 13-16 y el otro por el versículo 48. En el primero se dice a la multitud, integrada por personéis con todo tipo de imperfecciones: “Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo ”. La sal no sólo servía para dar sabor. En tiempos bíblicos era muy valorada porque evitaba la putrefacción de las carnes. Así como la sal conserva la existencia material, para la iglesia-comunidad terapéutica el desafío de Dios sigue siendo conservar los valores humanos. El hecho de que esta pequeña comunidad va a iluminar al mundo con la luz que recibe de Jesucristo es tan evidente como imposible es esconder una ciudad edificada sobre un monte. Jesús añade: “Así alumbre (en griego, modo imperativo) vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestra obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (5.16).

Toda comunidad cristiana es terapéutica porque se congrega en torno a Jesucristo. Por lo tanto, las personas que se aproximan a ella pueden recibir de él su influencia sanadora. Además, es terapéutica en el sentido de que todos sus integrantes son (o deberían ser) conscientes del abismo existente entre lo que *son* y lo que *deberían ser*. Entonces, la acción terapéutica de la iglesia se expresa tanto a través del crecimiento personal de cada uno de sus miembros, como a través de la misión redentora y terapéutica con las personas que se aproximen a ella. La acción terapéutica de la iglesia debe también dirigirse hacia adentro. Recordemos que según la Organización Mundial de la Salud, el 20% de la humanidad sufre trastornos depresivos. Quienes participamos en la vida de la iglesia no estamos en el cielo, sino que somos parte de

esta sociedad en que vivimos. Recordemos que en su oración intercesora por la iglesia nuestro Señor pidió, y aún hoy sigue pidiendo al Padre; “No te ruego que los saques del mundo sino que los guardes del maligno” (Jn 17.15; BA).

La función terapéutica de la iglesia es otra manera de expresar su misión evangelizadora. Debemos recordar que el verbo griego *terapeuo*, de donde viene “terapéutica”, tiene como primer significado *cuidar*, y como segundo, *curar*. Son muchos los textos bíblicos que señalan la necesidad de cuidarnos los unos a los otros.

### ***La fundón de los líderes en la misión terapéutica de la iglesia***

Hay personas que se sienten solas aun en una cancha de fútbol, sentadcis entre cincuenta mil espectadores desconocidos. Allí cada uno está concentrado en lo suyo. Sólo puede unir la mirada, la expectativa concentrada en los once jugadores de su equipo, y el deseo de ganar. En algunas congregaciones grandes suele ocurrir cilgo similar. Los feligreses suelen estar unidos en la mirada al predicador, pero hay poca intercomunicación entre ellos.

He sido pastor de una sola iglesia grande, la Iglesia Metodista Central de La Habana, entre 1956 y 1963. Allí tuve una experiencia singular con un hermano de apellido Sarduy. En todos los cultos se oraba por su señora, que sufría de un cáncer terminal. La señora falleció. El domingo siguiente al deceso, alguien le dijo a Sarduy; “Hermano, por favor, salude a su esposa en mi nombre, porque hace mucho tiempo que no la veo”. Al enterarse de lo acontecido, esta pobre creyente no supo que decir. Durante mucho tiempo ella había orado

por la restauración de la salud de una persona de la cual conocía el nombre y la cara, aunque no sabía a qué cara pertenecía el nombre.

Mientras más grande sea una congregación, más solos se sienten algunos feligreses, pero debo reconocer que en mi experiencia clínica he encontrado creyentes que se han sentido solos aun en una congregación pequeña. Las personas deprimidas suelen retraerse, aislarse. Algunas se sientan en el último banco, para desaparecer con el último “amén”.

No tengo aún acceso a estudios estadísticos sobre la creciente incidencia de la depresión en el siglo 21. Sin embargo, así como en las elecciones (por lo menos, en la Argentina) los periodistas hacen encuestas “a boca de urna” para poder anunciar quienes son los ganadores antes que los votos sean contados, así también yo hago mi encuesta a boca de urna. Esta es mi consultorio, es decir, el lugar donde se dice lo que algunos ocultan a su propio pastor y a los dirigentes de su congregación local. Mi contacto personal con muchas personas que pertenecen a diferentes confesiones cristianas me ha llevado a la certeza que los trastornos depresivos han tenido —y seguirán teniendo en los años por venir— un gran crecimiento numérico.

Si esto es así, la iglesia debería tomar medidas preventivas. Las megaiglesias son algo similar a los supermercados. Debemos pensar seriamente si preferimos los supermercados a los mercaditos de barrio, donde existe un contacto y un trato personal. Hoy existe la tendencia a la fusión de los hipermercados para hacerlos aún más grandes. ¿Debe la iglesia incentivar la creación de concentraciones de creyentes de manera similar a lo que plantea el mundo globalizado de la posmodernidad?

Jesucristo es el terapeuta por excelencia. Cuando se sentó para predicar el Sermón de la Montaña, sus discípulos vinieron a él. Posiblemente se sentaron a su lado. Hoy, como ayer, en toda comunidad cristiana hay un pequeño grupo de personas que asumen una mayor responsabilidad en el ministerio, y, por lo general, se espera de ellos que estén un poco más cerca de Cristo que los demás. No siempre es así.

Los líderes que dan vitalidad a cada congregación local, como afirmé en una de mis definiciones de la iglesia, deben interactuar a la luz del evangelio para mutuo enriquecimiento y colaborar con Dios para lograr la redención de todo el ser humano y de todos los seres humanos. Cuando esta interacción es de signo positivo, se puede comparar con una estructura de hormigón, que hace posible la seguridad de todos los que viven en un inmenso edificio de departamentos. Sin embargo, si la interacción es de signo negativo, ese liderazgo es semejante a un hormigón armado con poco cemento, que puede terminar en una tragedia. ¡Cuántos que ayer fueron fieles al evangelio hoy se encuentran alejados por el destructivo mal ejemplo de quienes habían sido colocados por el Señor para ser el sostén de la iglesia de Dios!

¿Por qué ocurre esta triste experiencia en tantas congregaciones? En mi opinión, esta realidad se comprende cuando tenemos en cuenta un aspecto de mi definición de la iglesia: “Conservan sus características individuales distintivas”, Cada creyente, al convertirse, produce algunos cambios internos, pero su estructura psíquica queda intacta. Esta estructura se consolida dentro de los seis primeros años de vida. Después, se tiende a repetir las experiencias. Existe cierta compulsión inconsciente a la repetición de ciertas normas de conducta estereotipadas. No es posible realizar cambios estructurales. Lo mismo ocurre con un edificio:

podemos adaptarlo para que sea una casa de velatorios, un hotel, un monasterio o una escuela, pero no podemos tocar la estructura porque el edificio se viene abajo. Hay personas que hacen daño a la iglesia sin saberlo, en algunos casos, creyendo que con su acción sirven a Dios. Un buen ejemplo es el de Saulo de Tarso camino a Damasco. La función terapéutica de la iglesia, bajo el señorío de Jesucristo, puede convertir a muchos hombres como Saulo de Tarso en predicadores de la Palabra de Dios.

Jesucristo es el terapeuta de los líderes de la iglesia; los quiere a su lado, como en el Sermón de la Montaña. Es bueno releer en las Escrituras lo que eran sus discípulos originales antes de encontrarse con él, lo que fueron durante su ministerio, y lo que llegaron a ser después de su muerte, resurrección y envío del Espíritu Santo. Así como Jesucristo le dio un nuevo sentido a la vida de sus discípulos en el siglo 1, así también quiere transformar la vida de los dirigentes de hoy. *Es la certeza de la presencia de Dios lo que convierte a una persona común en un dirigente de la iglesia de Jesucristo.* Debemos procurar esa presencia en nuestra vida cada día.

### ***La naturaleza terapéutica de la fe cristiana***

La situación económica y social del mundo en que vivimos suele obligar a ambos progenitores a trabajar para mantener a su familia dignamente. A esto se agrega que, en nuestra economía globalizada, la jornada de ocho horas diarias de trabajo, salvo alguna excepciones, es cosa del pasado. Así, muchos niños tienen progenitores, pero le faltan los padres. Esta situación crea en los niños de hoy inseguridad, falta de autoestima, angustia, frustración y, sobre todo, depresión. El

Dr. Hugo B. Bleichmar se refiere a bebés que ya sufren de depresión.<sup>3</sup>

La pastoral evangélica debe actuar preventivamente, teniendo en cuenta las nuevas dificultades que enfrentan los padres y los hijos hoy, las cuales se irán agravando a medida que avance el nuevo siglo. La iglesia debe propiciar el encuentro del ser humano con Dios, entendido como el Padre que siempre está presente y que jamás nos falla. Además, debe propiciar el encuentro con la comunidad de fe, actuando como madre nutritiva, que ofrece la contención afectiva y espiritual que todos necesitamos. La madre iglesia debe alimentarnos como la madre humana normal alimenta a su bebé: abrazándonos con su amor y conteniéndonos mediante su afecto y su ternura.

Cuando se produce el encuentro con Dios, como Padre amante y protector, y con la comunidad de fe, como madre amante y nutritiva, disminuyen las tensiones en la iglesia y todos sus hijos logran vivir en armonía y amor, como verdaderos hermanos en la fe verdadera.

### ***El encuentro con Dios como Padre y Madre***

“Sed... como vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5.48). Esto implica el reconocimiento de que estamos en falta. Es muy difícil llegar a ser tan humanos como divino es Dios. Solemos tomar a nuestro padre terrenal como modelo del otro Padre. Así, algunos crean padres imaginarios terribles y

<sup>3</sup> Bleichmar, H. B., *La depresión: un estudio psicoanalítico*, Nueva Visión, Buenos Aires, 10ª edición, 1988



persecutorios, sin tener en cuenta al Padre real que nos revela Jesucristo: el Dios del amor.

En cada persona existe una tensión existencial entre la rebeldía y la sumisión respecto a su padre y madre. En algunas personas la rebeldía o la sumisión totales conducen a expresiones religiosas o antirreligiosas que son, fundamentalmente, neuróticas.

En la pedagogía divina, el padre y la madre desempeñan un papel muy importante como modelos de la relación con Dios. Todos nacemos en una situación de ser dependientes de seres todopoderosos que nos trascienden. Desde la perspectiva de un niño, el padre y la madre lo saben todo. La primera oración humana es el llanto del niño que todavía no sabe hablar. Ruega a los seres poderosos y, por lo general, su oración es escuchada y atendida.

Todo ser humano necesita del amor y el apoyo del padre y de la madre. El clima de amor y seguridad del hogar es un elemento indispensable para la adecuada formación de la personalidad; también el reconocimiento de Dios como Padre y Madre, a quien no hay que idealizar, porque él es ideal y perfecto. Es posible someterse a Dios sin alienarse, porque él es quien nos concede la suficiente libertad para expresar nuestra creatividad, y quien conduce al ser humano a la plenitud de la vida espiritual y emocional.

### ***El encuentro con la iglesia como familia espiritual***

La Iglesia Católica tiene bastante éxito en la presentación de María como madre de los creyentes. Los cristianos evangélicos carecemos de una imagen femenina para ofrecer

a los niños a quienes les falta la madre. Veamos esa necesidad de madre trascendente en un caso concreto. A Pablo se le murió la madre cuando tenía cuatro años. Su padre tiene un carácter, según él, insoportable. Es ateo y no quiere que ni siquiera le mencionen a la iglesia o a los cristianos. Habiendo quedado viudo, el padre se casó con una mujer que siempre maltrató a Pablo. Su actitud hostil contrastaba con la ternura de su difunta madre. Tenía ocho años cuando un amigo invitó a Pablo a asistir a la Iglesia Católica. Así, contra la voluntad de su padre, visitó una iglesia. Se quedó deslumbrado con una imagen de la Virgen María, y la tomó como madre sustituta. Me contó que a veces se quedaba mucho tiempo en la iglesia sólo para mirarla. Durante ocho años pudo mantener en secreto su vida religiosa. Tenía dieciséis cuando su padre se enteró de “la traición de su hijo”, y lo echó de la casa. Una hermana de su madre lo recibió en su casa. Hoy Pablo es un exitoso profesional, pero no tiene contacto alguno con su progenitor. Un día me dijo: “No tengo ni padre ni madre material; mi verdadero padre es el Señor y mi verdadera madre es la Virgen María”.

Las iglesias evangélicas deben prepararse para asumir una actitud maternal hacia todos aquellos que se acerquen a ellas. Esta es una necesidad imperiosa en los tiempos que vivimos. La gente necesita de la Santa Madre Iglesia, y no debemos defraudarla.

Cada uno de nosotros lleva detrás, como su sombra, una historia que es singular, única. El niño debe aprender, además, a interactuar con sus hermanitos. Entre ellos también existe una tensión, en este caso entre la competencia y la camaradería. Cuando la competencia se convierte en actitud de vida, se expresa en todos los aspectos de la convivencia.

Hay personas que viven creando, casi permanentemente, situaciones tensas en las congregaciones a las que pertenecen. No pueden darse cuenta de que sus problemas, que supuestamente son problemas de los demás, tienen su raíz en la incapacidad para establecer un equilibrio entre la camaradería y la competencia en su vida familiar. Generalmente, quien se lleva mal con los miembros de la iglesia no tiene mejores relaciones con los miembros de su propia familia.

Recuerdo una experiencia singular ocurrida hace muchos años. Un mismo domingo aparecieron en el culto dos familias procedentes del interior del país. Al cabo de cierto tiempo visité a estos matrimonios. A los dos les pregunté su opinión sobre la congregación que habían escogido al llegar a Buenos Aires. Uno de ellos dijo que la gente de la congregación era amorosa y fraternal, y que existía una atmósfera espiritual que les edificaba. En cambio, para el otro matrimonio, se trataba de una congregación de creyentes tibios y no muy espirituales. Vale la pena citar las palabras tal como fueron dichas: “Un matrimonio nos invitó a conocer Buenos Aires sólo para que supiéramos que se habían comprado un coche nuevo; nos pareció gente muy orgullosa”. ¿Estaban hablando ambos matrimonios de la misma congregación? Sí, pero según el color de los lentes de cada uno. No fue necesario investigar mucho para descubrir la problemática familiar del matrimonio crítico. Les pregunté por el resto de su familia, y entonces se puso de manifiesto su patología. Los dos miembros del matrimonio estaban peleados con sus respectivos hermanos carnales “porque ellos no son creyentes y, por lo tanto, no pueden comprendemos”, decían.

La experiencia religiosa no debe ser una evasión neurótica de la realidad. Es muy común que la gente se escape de sus

propios problemas emocionales y los proyecte hacia afuera, hacia los demás. Por otro lado, los neuróticos se atraen entre sí, y a veces forman verdaderas comunidades enfermizas.

El poder terapéutico de la fe cristiana, expresado a través de la iglesia, hace posible la reconciliación entre hermanos divididos por tensiones de origen psicológico. Si somos capaces de comprender que existen causéis que proceden de la familia de origen, los problemas serán esclarecidos, más aún si nos movemos con el espíritu comprensivo y amoroso que corresponde a una comunidad de fe que actúa como comunidad terapéutica.

Al final del capítulo 4 del Evangelio según Mateo encontramos la multiforme problemática de la gente que vino a escuchar a Jesús cuando predicó su Sermón de la Montaña. Tenían más problemas que los que podría tener una congregación en nuestros días. Sin embargo, por el sólo hecho de reunirse en torno a Jesucristo como Señor, Salvador y Maestro, Jesús les dijo: “Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5.13-14). Si se lo dijo a ellos, ¿por qué no a nosotros?

Si realmente nos congregamos en torno a Jesucristo, como los discípulos que escucharon el Sermón de la Montaña, seremos iglesia-comunidad terapéutica. Sin embargo, si tomamos a la iglesia como un club religioso, habrá una gran diferencia. Si sólo tenemos lo que Wesley llamaba “una religión de verano”, y no tomamos en serio la realidad de que Jesucristo es el Señor de la iglesia, jamás seremos una comunidad terapéutica.

Generalmente, son pocos los que se disponen a ser líderes de la iglesia, es decir, los que están dispuestos a estar al lado de Jesús, como los discípulos en el Sermón de la Montaña, que asumen responsabilidades y acompañan en su tarea al

Señor. Precisamente estos hermanos a veces son muy criticados por los que no hacen nada. Sin embargo, el futuro de una congregación depende de su liderazgo laico. Es necesario que a los dirigentes de la iglesia, sean pastores o laicos, los conozcamos más, los respetemos más, los amemos más, los imitemos más y los critiquemos menos. Es necesario reconocer nuestras diferencias como sujetos singulares que somos. No hay plural para cada uno de nosotros, sino sólo singular. Ahora bien, que seamos diferentes no significa que seamos mejores o peores sino, sencillamente, distintos. Para poder abrazarnos en el amor de Cristo, debemos aceptar nuestras diferencias y respetar nuestros disensos.

El reconocimiento de Dios como Padre amante, que perdona nuestros pecados y nos motiva a vivir una vida superior, es una necesidad para cada cristiano. “Dios es amor” (1Jn 4.8), y esta definición va mas allá de las palabras que representan esa idea.

Es necesario reconocer a los miembros de nuestra comunidad como nuestros hermanos en la familia de Dios. Debemos ayudarnos unos a otros a comprender esos “errores que nos son ocultos”, como dice el Salmo 19.12, errores que no podemos comprender sin la ayuda del hermano.

Cuando Pábulo se refiere a la iglesia como el cuerpo de Cristo no utiliza una figura del lenguaje sino que presenta lo que para él era una realidad espiritual. Todo miembro tiene una función que cumplir en el cuerpo. El líder cristiano no debe utilizar los dones de Dios para su beneficio personal, porque le han sido concedidos para servir a los demás, para la edificación del cuerpo de Cristo. Mucho se ha discutido sobre el origen del concepto paulino del cuerpo de Cristo. Cualquiera sea ese origen, no debemos olvidar que se trata de una imagen que señala una realidad concreta. Pablo sabía,

como nosotros, que hay personas en las congregaciones locales cuya incidencia en las actitudes y decisiones de la comunidad es, prácticamente, nula. En toda congregación hay líderes y seguidores. Quienes afectan la vida de la iglesia son los primeros, y pueden realizar una acción enfermiza o salutífera sobre la comunidad.

***La relación de Jesús con sus hermanos  
carnales como modelo de nuestras relaciones  
con nuestros hermanos en la fe***

La certeza de la resurrección de Jesucristo produjo un cambio radical en la relación de Jesús con sus hermanos en la carne. Lo mismo debe ocurrir en las relaciones familiares de los creyentes que tengan dicha certeza.

Mateo 12.46-50 y Marcos 3.31-35 presentan la oposición implícita de los hermanos de Jesús al ministerio del mismo. El Evangelio según Juan lo dice claramente: "Porque ni aun sus hermanos creían en él" (Jn 7.5). La oposición de los hermanos está también presente en la afirmación de Jesús: "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa" (Mt 13.57). Marcos aclara aún más: "... entre sus parientes, y en su casa» (Mr 6.4; véase también Juan 4.44). Esta situación de tensión parece haberse convertido en ruptura total. Si así no fuera, Jesús no le habría pedido al discípulo amado que cuidara de su madre, cuando se despidió de sus seres queridos desde la cruz (Jn 19.26-27). Es significativo que los hermanos de Jesús no estuvieron junto a él en el momento de su muerte. Uno puede disentir con sus hermanos, pero en el momento de la enfermedad y de la

muerte, por lo general, prevalece el cariño fraterno. En el caso de Jesús no fue así. Es una pena que no tengamos más información sobre el hogar de Jesús. Quizá el Señor permitió esta tensión familiar para mostrarnos que, ante el poder terapéutico de la fe cristiana, no existen problemas de relaciones interpersonales que no tengan solución.

Cabe la pregunta: ¿cómo habrá reaccionado Jesús ante los desafíos de sus hermanos? Ellos le dijeron: “Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obréis que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo” (Jn 7.3-4). El Evangelio no nos da información sobre la actitud de Jesús, excepto que les respondió: “Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo está siempre presto” (Jn 7.6). El tiempo de Jesús llegó, y según el más antiguo relato de la resurrección que ha llegado hasta nosotros, “después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles” (ICo 15.7). Uno se pregunta: ¿Qué cara habrá puesto el hermano de Jesús al verle resucitado? ¿Cómo habrá lamentado su incredulidad y no haberle acompañado en la hora de su muerte! Es evidente que si todos hubieran creído en Jesús no habrían permitido su muerte, y ésta era necesaria para la redención de la humanidad, según los planes de Dios.

Por la gracia de Dios, no sólo Jacobo sino todos sus hermanos se integraron a la iglesia primitiva. La Biblia testimonia que todos “perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1.14). Jacobo llegó a ser el máximo dirigente de la iglesia de Jerusalén. Al ser liberado de la cárcel por la obra milagrosa de Dios, Pedro dijo: “Haced saber esto a Jacobo» (Hch 12.17), evidenciando el lugar prestigioso que éste tenía en la iglesia primitiva. Fue Jacobo, precisamente,

quien presidió el primer concilio ecuménico de la iglesia (Hch 15.13). Cuando Pablo llegó a Jerusalén, hizo una visita oficial a Jacobo como jefe de la iglesia (Hch 21.18). Pablo confesó que, pasados tres años de su conversión, subió a Jerusalén para ver a Pedro y permaneció con él durante quince días, y agrega: “Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor” (Gá 1.19). Cuando en la Carta a los Gálatas Pablo hace referencia al Concilio de Jerusalén (Hch 15), presenta los nombres de las tres personas que eran consideradas como columnas de la iglesia, en el siguiente orden: Jacobo, Pedro y Juan. Ellos desarrollarían su ministerio entre los judíos, mientras que Pablo y Bernabé irían a los gentiles (Gá 2.9).

El poder terapéutico de la fe cristiana no sólo puede reconciliar a hermanos separados por tensiones. También puede lograr que ellos trabajen juntos en pro de los altos ideales de proclamar el evangelio para lograr un mundo mejor, según la voluntad de Dios. Este poder terapéutico radica en la persona de Jesucristo, y en el Espíritu Santo que él nos ha enviado (Jn 14.15-16; 16.7-15) para continuar con su ministerio sobre la tierra. El poder de Dios, que resucitó a Jesús —y que transformó a Jacobo al ver a su difunto hermano resucitado—, también es eficaz hoy para transformar nuestras vidas y relaciones interpersonales.

Este poder integrador de Jesucristo facilita la comunión y el encuentro fraternal entre hermanos. Aún en casos límite, cuando las tensiones familiares han creado conflictos entre personalidades totalmente antagónicas, la gracia de Dios puede cambiarlo todo. Sin embargo, es evidente que Jacobo debió arrepentirse de su pecado de incredulidad, y de su falta de respeto hacia el Señor. En efecto, sin arrepentimiento no



es posible alcanzar una real integración en la iglesia como familia de Dios.

Hoy, como ayer, es la certeza respecto a la resurrección de Jesucristo lo que cambia las relaciones interpersonales en la vida de la iglesia. La naturaleza terapéutica de la iglesia tiene en esa realidad su punto de partida. El amor de Dios, expresado en Juan 3.16, y la voluntad redentora de Cristo, expresada en Filipenses 2, abren la puerta de entrada a la salud mental y física, y a la salvación.

### ***El amor sana, porque Dios es amor***

La Primera Epístola a los Corintios es un mensaje pastoral para una iglesia enferma. En el capítulo 12 Pablo incluyó, por primera vez, la imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo. Al escribirla, Pablo seguramente estaba pensando en los líderes de la comunidad, porque son ellos los que tienen la facultad de enfermar o sanar a todo el cuerpo: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (ICo 12.26). No vamos a discutir si el concepto de “miembro” en Pablo tiene o no un sentido grupal, como núcleo de personas alrededor de ciertos líderes (así como las células y los tejidos diferentes son partes integrantes de cada miembro del cuerpo humano). La realidad de nuestras congregaciones nos muestra las cualidades enfermizas o salutíferas de sus líderes, así como la escasa incidencia que tiene el comportamiento de quienes no son líderes.

Cuando la congregación tiene un serio problema a través de uno de sus líderes, dicho problema no puede ser objetivado porque envuelve a toda la iglesia. En otras palabras, casi nunca decimos: “Tengo un dolor en el pie

izquierdo”, sino: “Me duele el pie izquierdo”. Hay un sentido corporativo y solidario del cuerpo tanto en la salud como en la enfermedad. Y esto es tan válido respecto al cuerpo humano como respecto a la iglesia. Si uno tiene una infección en un dedo del pie, todo un ejército se pone en movimiento para defender, no sólo el dedo, sino la totalidad del cuerpo. Si la infección es grave, el cuerpo produce fiebre. Esta fiebre es una demostración palpable de la batalla que todo el cuerpo libra para defender a uno de sus miembros y, al mismo tiempo, para mantener su integridad y existencia. De igual manera, los problemas graves de los líderes de la comunidad afectan a toda la iglesia, que se siente fatigada, tensa y afiebrada. Lo que es válido para los elementos enfermizos lo es también para los factores salutíferos. Cuando alguien se entrega en un beso de amor no experimenta sólo una agradable sensación en la boca, sino en la totalidad de su ser: alma, mente y cuerpo.

En 1 Corintios 13 se presenta la antinomia hombre maduro-infante. Esta idea se desarrolla en Efesios 4:13, donde se aclara que el hombre maduro, completo, íntegro, no es otro que Jesucristo, modelo a ser imitado por todo creyente. En la vida de todo ser humano, líder o no, se da la permanente tensión entre el infante y el adulto, a lo largo de toda su existencia. Hay ciertas características del infante que son normales: capacidad de comportamiento limitada a unas pocas expresiones, actitud más bien pasiva frente a la actividad adulta, actitud de dependencia con relación a otras personas, intereses confusos y vagos, aceptación de un rol subordinado en la familia y en la sociedad, y carencia de un adecuado autoconocimiento. Estas características dejan de ser normales cuando se manifiestan de manera predominante en la persona grande, que suponemos adulta. Y cuando esas

características se concentran en un solo individuo, nos encontramos frente a alguien incapacitado para ejercer el liderazgo en cualquiera de sus formas, alguien que necesariamente es un seguidor de algún otro.

Si bien no es necesario que todos los miembros de la congregación sean líderes destacados, es indispensable que todos aprendan a ser adultos. El adulto posee la plasticidad para comportarse de formas muy diferentes según lo requieran las circunstancias; en cambio, el infante está predeterminado por las pocas formas que conoce. El adulto logra alcanzar una capacidad creciente de actividad creativa, pero el infante tiende a la pasividad cuando se trata de creatividad. El adulto logra alcanzar un adecuado nivel de independencia respecto a los demás, mientras que el infante es siempre dependiente. El adulto aspira a realizarse como persona y a ocupar una posición igual o superior a sus iguales, pero el infante acepta su subordinación.

La antinomia adulto-infante aparece en el pensamiento de Pablo con características bien definidas. Tanto en 1 Corintios 13.11 como en Efesios 4.14 la versión Reina-Valera utiliza el término “niño”. En ambos pasajes bíblicos Pablo utiliza *nepios*, palabra griega compuesta de *ne* y *eipon*, que literalmente significa “no habla”, aplicada a los infantes por oposición a los adultos. En el caso de 1 Corintios 13.11, el *nepios* es capaz de balbucear algunas palabras: “Cuando yo era un infante, hablaba, razonaba y juzgaba como un infante, pero cuando llegué a ser hombre abandoné la actitud infantil” (traducción mía). En 1 Corintios 13.10 hay una enigmática alusión a “cuando venga lo que es perfecto”. A través de los siglos se ha dado a este pasaje las más diversas interpretaciones. Todo parece indicar que se refiere a la antinomia adulto-infante, es decir, al hombre perfecto según

la intención de Dios. Si esto es así, podría dividirse 1 Corintios 13 en dos partes: los versículos 1-8, relativos al hombre maduro que debe llegar a ser cada creyente a través del amor, y los versículos 9-13, relativos a la realidad del hombre que no ha alcanzado la plenitud de su condición humana según el modelo que Dios nos ha dado en la persona de Jesucristo.

En 1 Corintios 13 y Efesios 4 es significativa la coincidencia de los términos *nepios* (bebé), *teleios* (acabado, terminado, completo, íntegro) y *aner* (varón, hombre, marido). Llama la atención que en ambos pasajes Pablo utiliza el término *aner* de manera única en sus epístolas. También se combinan de manera única los términos *aner* y *teleios* (ICo 13.10, 11; Ef 4.13). Alguien podría afirmar que Pablo utiliza el término *aner* —que tiene el sentido restrictivo de “varón” o “marido”, y no el de *anthropos*, que significa “hombre” en el sentido genérico— porque se está refiriendo a sí mismo. Si así fuera, ¿cómo explicar el uso de *anthropos* en 1 Corintios 7.7: “Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo”?

El adulto cristiano es aquel capaz de tener paciencia (ICo 13.4). En un pasaje semejante, el autor de la Epístola de Santiago afirma que la paciencia perfecta conduce al creyente a la perfección. Aquí se utiliza el término *teleios* tanto para la integridad de la paciencia como para alcanzar la plenitud de la humanidad del creyente (Stg 1.4). La palabra paciencia engloba muchas de las cualidades del cristiano perfecto —del hombre maduro en Cristo (*aner teleios*), al cual se refiere Pablo en Efesios 4.13— que enumera 1 Corintios 13. Además, el ministerio de nuestro Señor es un claro ejemplo de las características del hombre nuevo. Por eso nos dice: “Sed plenamente hombres [te/eios] como Dios es plenamente Dios [te/eios] (Mt 5.48, paráfrasis mía). El líder cristiano debe

perfeccionarse en el amor. Si no lo logra, afiebrará a la iglesia con sus actitudes.

No voy a realizar un profundo trabajo exegético sobre 1 Corintios 13, pues necesitaría mucho espacio. Sin embargo, voy a señalar algunas de las características fundamentales del líder cristiano para cumplir una misión salutífera en la congregación local. El hombre maduro en el amor de Cristo es paciente frente a las situaciones conflictivas que se presentan en la vida congregacional. ¿Qué queremos decir con eso? Vamos a reflexionar sobre 1 Corintios 13.4, versículo muy rico en contenido. La versión *Dios Llega al Hombre* traduce: “El que tiene amor, tiene paciencia”, muy diferente de la versión Reina-Valera: “El amor es sufrido”. Nácar Colunga traduce: “La caridad es paciente”. Ante tal diversidad de versiones es lógico que uno se pregunte: ¿y qué es lo que dice la lengua original? La traducción no es fácil. Dice: “El amor *makrothymei*”. En esa palabra griega está el secreto del significado. Se trata de la tercera persona singular de un verbo que expresa la acción del amor. Este verbo está compuesto por dos palabras: *makros*, que quiere decir “largo” (referente a espacio), “lejos”, “distante”, “remoto”; y *thymos*, que quiere decir “pasión fuerte”, “emoción”, “ira”. Luego, *makrothymei* significaría estar distante de los arrebatos emocionales, ejercer el dominio propio. El amor produce en el líder cristiano la madurez que le permite actuar de esa manera. El ejercicio de este tipo de paciencia conduce, en su forma más pura, a la perfección humana, como hemos visto en Santiago 1.4.

El segundo verbo que aparece en 1 Corintios 13.4 para expresar la acción concreta del amor bien podría traducirse “ser bondadoso”. El amor lo hace a uno bondadoso como señal de madurez. El líder cristiano contribuye a la salud de su congregación a través del amor. Debo aclarar que no me

refiero al amor en una perspectiva humanista, sino a la primera manifestación del fruto del Espíritu Santo (Gá 5.22). Si se hiciera un estudio psicológico de los más crueles tiranos que existen sobre nuestro planeta, se llegaría a la conclusión de que se trata de personajes emocionalmente inmaduros. Por eso son tan crueles y no pueden tener rasgos de bondad. Son infantes que se han convertido en personas grandes. A nivel intelectual, suelen ser muy despiertos, pero están dormidos a nivel emocional. Por el contrario, cuando nos acercamos al hombre según la medida de la estatura de Jesucristo (Ef 4.13), crecemos hacia la bondad de Jesucristo.

Después de presentar dos verbos positivos para mostrar la acción del amor, Pablo señala, a través de otros siete verbos, otras fuerzas que no proceden del amor. No debemos olvidar que esta carta fue dirigida a una iglesia muy enferma. En Corinto había todo tipo de problemas: divisiones alrededor de líderes diferentes (capítulo 3), un grave caso de inmoralidad (capítulo 5), diferencias de opinión sobre el matrimonio (capítulo 7), tensiones referidas a la carne sacrificada a los ídolos (capítulo 8), abusos en la Santa Cena (capítulo 11), tensiones por causa del don de lenguas (capítulo 14), y diferencias de opinión sobre la resurrección de los muertos (capítulo 15). Los líderes de la iglesia de Corinto debían cumplir una misión salutífera para sanar la congregación de todos sus males. Los dos verbos que hemos considerado representan la acción directa del amor, pero los siete verbos que vamos a considerar muy someramente constituyen la fuerza y acción del mal contra la cual luchan las fuerzas del amor.

La iglesia de Corinto estaba afiebrada, y la enfermedad era causada por sus propios líderes. Las causas del mal eran la envidia, la jactancia, la vanidad, la falta de decoro, la

búsqueda de prebendas, la irritación, el rencor y el gozo en la injusticia. En efecto, Reina-Valera presenta estos verbos en forma de sustantivos.

Después de los dos verbos que muestran la acción terapéutica del amor de Dios, y de los siete verbos que muestran la acción enfermiza del pecado en la iglesia de Corinto, Pablo presenta otros cuatro verbos que muestran la acción del amor frente a las fuerzas del pecado. Según la traducción de Reina-Valera, “el amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (v. 7).

Me voy a detener en estos cuatro verbos, puesto que me interesa resaltar la dinámica terapéutica del amor expresado en la congregación, especialmente por la identificación de los líderes con el espíritu de Cristo y con Dios, que es amor (1Jn 4.8). El primer verbo es mucho más rico que el verbo “sufrir” (Reina-Valera). Significa originalmente “cubrir” (como con un techo), “proteger”, “cubrir con el silencio” (guardar un secreto), “sostener a alguien”, “mantenerse firme”, “resistir”. Quizás lo que Pablo quería decir es que *el amor aguanta cualquier cosa*, es decir, que uno puede resistir las situaciones más dificultosas si se siente amado. El amor humano —es decir, sentirse amado y amar a los seres queridos— puede sostener a una persona en medio del sufrimiento. Sin embargo, cuando el creyente experimenta el amor de Dios puede resistir cualquier situación, aguantar cualquier cosa, sin deprimirse. A través de los siglos, millones de cristianos se han enfrentado a situaciones angustiosas y han aguantado bajo la dinámica del amor de Dios. Pablo no escribe esta epístola en un esquema conceptual ni pretende resumir un tratado de ética, sino que se está refiriendo a la situación concreta de la congregación de Corinto. Cuando Pablo dice que el amor todo lo aguanta (*panta stegēi*) se refiere a las tensiones

existentes por falta de amor, que hacían que los cristianos se sintieran distantes unos de otros. El verbo *stego* también expresa la idea de techar, de cubrir bajo un mismo techo. Sólo el amor puede cubrir bajo un mismo techo, en la familia de Dios, a personas que sostienen opiniones divergentes. Pablo muestra a los líderes de la iglesia en Corinto el remedio para curar a su congregación, para hacer desaparecer la fiebre, índice de su enfermedad espiritual.

El segundo y el tercer verbo no ofrecen mayor complicación en lo que a traducción se refiere. El amor “todo lo cree, todo lo espera” se refiere a la actitud optimista que debe tener la iglesia frente a los problemas que la embargan. El amor engendra tanto la fe como la esperanza. Luego, la iglesia debe confiar en que las dificultades serán vencidas. Esta idea es central en Pablo y le sirve para resumir todo el capítulo; “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (ICo 13.13).

El cuarto verbo, “todo lo soporta”, es muy similar al primero. Resulta difícil establecer claras líneas de demarcación entre ellos. Significa “permanecer”, “perseverar”, “resistir”.

Antes de entrar a considerar la actitud infantil por oposición a la adulta, Pablo hace una última referencia al amor; afirma que éste “nunca deja de ser”. Ciertamente, el amor es la única virtud teologal que el hombre puede compartir con Dios. No es lógico pensar en Dios como un ser que tiene fe o esperanza, virtudes básicamente humanas. Todo acabará con el tiempo, pero el amor permanecerá.

Si dejamos atrás Corinto y ponemos la atención sobre nuestras iglesias urbanas nos encontraremos con la misma realidad: una buena proporción de líderes con la misma escasez de un auténtico amor por la obra de Dios, por el prójimo y por sí mismos. Donde falta el amor, hay una iglesia



afiebrada. Junto con el perdón de Dios y el nuestro, el amor es la mayor fuerza terapéutica que existe, la mayor contribución de la iglesia a la salud mental de la humanidad.

Un síntoma claro de la deficiencia afectiva por parte de algunos líderes de la iglesia, capaz de enfermar a la iglesia, es el predominio del interés por la posición social sobre el cumplimiento de roles. ¡Cuántos líderes trabajaron contentos en sus comunidades de creyentes mientras ocuparon “puestos importantes”, y dejaron de hacerlo al no ser reelectos! Realmente, el interés estaba puesto en el prestigio y poder que implicaba el cargo. Por el contrario, el líder cristiano inundado por el amor de Dios cumple su papel de ministro de Jesucristo aunque no disfrute de la distinción de un “cargo eclesiástico”. Hay algunos creyentes que se echan a perder cuando son elegidos para un puesto. Eran capaces de cumplir deberes, pero una vez enfermos por la ambición de prestigio y poder son incapaces de cumplir su ministerio. Un líder cristiano me dijo en una ocasión: “Si deseas conocer a Pedrito dale un carguito”. El origen del mal está en la falta de amor en sus tres dimensiones: Dios, el prójimo y uno mismo. Al hombre natural, evidentemente, le gusta más el prestigio y el figurar que el cumplimiento del deber. Cuando uno vive en el Espíritu de Cristo y está impregnado en su amor alcanza la madurez suficiente para continuar cumpliendo con el deber, aun cuando haya perdido cierta posición social.

El amor, fruto del Espíritu Santo, es la prueba de la calidad del liderazgo. La presencia o ausencia de amor pone en evidencia si somos líderes cristianos auténticos. Las palabras con que Jesús designó a los líderes que escogió no se refieren a la posición social sino a tareas. El Señor nos ha llamado básicamente para *hacer*, no para *ser* personajes importantes y distinguidos. Si somos líderes, lo somos por lo que hacemos.

El énfasis en la imagen de la iglesia como una vid, en Juan capítulo 15, está en la fructificación. El líder cristiano que desea mantener su posición sin desempeñar su papel, como la higuera de Mateo 21.18-22, se secará espiritualmente y enfermará a la iglesia.

Algunos líderes de la iglesia, que perdieron o no su rango, hoy están afuera de las congregaciones. Han caído en una actitud crítica e individualista. Pretenden ser fieles al Señor fuera del cuerpo de Cristo, lo cual es imposible. Una mano separada del cuerpo deja de ser mano para convertirse en masa putrefacta y maloliente, y, finalmente, en polvo de la tierra. De igual manera, no se puede ser cabalmente cristiano separado de una comunidad de creyentes. La lealtad a Jesucristo conduce necesariamente a la integración en comunidad. En cierta ocasión, una persona que se había separado de la iglesia por tensiones con otras personas me dijo: “No voy a la iglesia porque está llena de hipócritas. No necesito asistir al culto para ser cristiana”. La falta de amor era evidente, no sólo por lo que decía sino por la forma despectiva y autosuficiente con que se expresaba. Le dije: “No tiene sentido discutir el asunto. Sólo hay dos posibilidades: o usted tiene razón o está equivocada”. La persona reafirmó que ella tenía toda la razón, y entonces le dije: “Si usted tiene razón, su deber es volver a su congregación para cumplir su ministerio salúfero, porque esa iglesia llena de hipócritas es la misma que fundó su Señor y el mío. Esa iglesia es la última esperanza que le queda a la humanidad”. Se quedó muy impresionada, más por la forma que por la profundidad de lo que le dije. Después le pregunté: “¿Acaso no conocía Jesús la naturaleza humana de los discípulos que escogió? ¿No dijo él que los sanos no necesitan del médico sino los enfermos?” Es evidente que la supuesta

hipocresía de la gente de la iglesia —que bien puede ser una impresión subjetiva de nuestra parte, y no una realidad— no justifica el incumplimiento del papel que el Señor ha dado a cada cristiano de ser ministro de la Palabra. No siempre las personas que creen tener motivos muy lógicos para sus actitudes —como esta dama— se dan cuenta de las causas profundas de su enfermedad. Les falta amor, les falta el Espíritu de Cristo, motor y generador del amor que necesita toda persona que desee ser un auténtico líder cristiano.

Al referirme a la falta de amor como una enfermedad no estoy exagerando la nota. La incapacidad para amar es una evidencia de inmadurez emocional que impide al individuo mantener relaciones interpersonales significativas y prolongadas. Todo ser humano desea y necesita ser amado, y sólo lo consigue plenamente aquel que es capaz de amar. Hay inflación afectiva en el mercado mundial del amor, porque mucha es la demanda, pero escasa la oferta. Demos gracias a Dios porque nos ama con su inmenso amor. Demos gracias al Espíritu Santo que nos impulsa a amar como lógica consecuencia de su presencia. Al amar somos amados, y nuestra vida cobra sentido.

La fe cristiana es esencialmente terapéutica porque tiene poder suficiente para corregir algunas malas formaciones de la personalidad; en efecto, reemplaza las deficiencias afectivas por el amor de Dios y el amor entre los miembros de la familia de la fe.

Deseo aclarar que no considero la vida cultural y fraternal de la iglesia como una forma de terapia psicológica. La fe cristiana no es una oferta dirigida al mundo neurótico de hoy, al lado o por encima de las escuelas psicoterapéuticas. El cristianismo no es una escuela psicoterapéutica, pero es evidente que la acción redentora de Dios se aplica a la

totalidad de la persona y de la comunidad. Las necesidades psicológicas no son una excepción.

### **Conclusiones**

La depresión, descubierta o encubierta, expresada mediante la tristeza o enmascarada en manifestaciones corporales, se encuentra instalada dentro de cada congregación cristiana. Como hemos visto, según la Organización Mundial de la Salud de las Naciones Unidas, uno de cada cinco seres humanos padece depresión. Cada comunidad de fe debe darse cuenta de esta realidad y esforzarse por establecer una dinámica que exprese la razón de ser de su existencia: ser testigos de la resurrección de Jesucristo y ser su cuerpo sobre la tierra, una iglesia que no tenga “mancha ni arruga... santa y sin mancha” (Ef 5.27). En palabras de nuestro tiempo, “una iglesia sana y santa”.

Debemos ser testigos de la resurrección de Jesucristo como la iglesia primitiva, según el testimonio de Hechos de los Apóstoles. Debemos hacer nuestra la certeza de que, verdaderamente, Jesucristo ha resucitado, y de que nosotros somos testigos de ese hecho histórico en el siglo 21.

Si tomamos a la iglesia como la comunidad viviente del Resucitado, debemos revisar la dinámica interna de cada congregación a fin de que cada una sea capaz de contener afectiva y espiritualmente a toda su feligresía actual, y a todos los que deseen unirse a ella, para recibir salud y salvación por el amor de Jesucristo.

La iglesia debería utilizar todos los recursos de nuestra cultura, especialmente los de las ciencias humanas, para desarrollar una pastoral capaz de vencer los trastornos

depresivos, que, de manera creciente, están conspirando contra la calidad de vida de los miembros de nuestras congregaciones. Debemos encarar este desafío, a pesar de las influencias nefastas del mundo globalizado, que oprime económica y socialmente a los más humildes. \*